

JOSÉ CARLOS GRACIA

Memorias de un tambor

ESPAÑA

y su herencia invisible



ESPASA

José Carlos Gracia

ESPAÑA Y SU HERENCIA INVISIBLE



© José Carlos Gracia, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Raúl Allén
Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-6910-5
Depósito legal: B. 3062-2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Liberduplex



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

PARA COMENZAR	9
PRIMERA PARTE. SOMOS CÓMPlices	17
Limpiar el río	19
Guardar el cañón	27
El espejo roto	32
Las gafas de la época	37
Oscuridad y una manta	42
SEGUNDA PARTE. SOMOS HUMANOS	47
El origen	49
La evolución	58
La interpretación de los sucesos	66
Espiritualidad y trascendencia	72
TERCERA PARTE. SOMOS ESPAÑOLES	77
Nace España	79
Protagonistas anónimos	84
La huella imborrable	94
Una mirada desde dentro	102
CUARTA PARTE. SOMOS HEREDEROS	121
Atapuerca	123
Mujeres	131

Mediterráneos	146
Romanos	154
Árabes	160
La Reconquista	171
El Camino de Santiago	181
Americanos	189
La leyenda negra	198
Austrias y Borbones	203
La Transición	207
Modelos	216
QUINTA PARTE. ¿SOMOS CONSCIENTES?	223
Nuestro árbol	225
<i>El show de Truman</i>	227
Generaciones	232
<i>Memorias de un tambor</i>	238
PARA CONCLUIR	249

LIMPIAR EL RÍO

Antes de comenzar, considero necesario compartir contigo unas pinceladas personales de quien te va a acompañar durante la lectura. Aunque será un relato de mis experiencias relacionadas con la divulgación de la historia, no quisiera caer en el personalismo. Solo voy a intentar que entiendas mis circunstancias, lo que facilitará que establezcamos lazos entre nosotros. Mediante la narración en primera y en segunda persona, mi intención es dirigirme al lector como si lo tuviera delante, crear un clima de confianza que favorezca una lectura distendida pero profunda. Además, es la forma de hablar y, ahora, de escribir con la que me siento más cómodo.

Mi deseo es hacerte partícipe de un proyecto común que empezó hace muchos siglos. Si no somos capaces de involucrarnos en la preservación y divulgación de nuestra historia, seremos cómplices, en el peor sentido de la palabra, de su abandono.

Por otro lado, si cada uno aporta lo que lleva dentro con el fin de respetar la herencia recibida y difundirla entre las generaciones venideras, formaremos un grupo animoso. Y la complicidad entre nosotros, en este caso constructiva, hará que la tarea sea mucho más eficiente.

Con respecto a la divulgación de la historia, de las dos acepciones de la palabra *complicidad* debemos elegir entre la «responsabilidad» y la «inacción».

Escojamos una u otra, para bien o para mal, seremos cómplices. Es muy importante remarcar que la complicidad positiva se

elige: supone tomar la decisión de arrimar el hombro en aras de la preservación de nuestra historia. Adoptar una complicidad pasiva o negativa es mucho más sencillo: basta no hacer nada. Ahora comprenderás por qué he titulado «Somos cómplices» esta primera parte del libro.

Una característica personal que me define es la comodidad que siento tomando mis propias decisiones cuando intuyo que el camino elegido es el correcto. Ya sabemos que lo correcto es siempre subjetivo, de modo que la elección puede ser equivocada; lo que quiero decir es que este libro es fruto de una resuelta intención de mejorar. Compartas o no mi experiencia personal, la entiendas o no, si cuando cierres el libro te identificas con mis planteamientos, me sentiré recompensado por tantas horas de escritura. Identificarse con alguien no tiene por qué significar estar de acuerdo, sino haber establecido un vínculo imperceptible con quien, desde el otro lado, intenta enviarnos un mensaje.

Antes de continuar es imprescindible echar la vista atrás y recordar cómo comencé la aventura de divulgar nuestro pasado.

Hace muchos años tomé consciencia de la necesidad de recuperar nuestra historia y emprendí varias iniciativas: una modesta editorial sobre asuntos históricos, colaboraciones en radio y la organización de excursiones temáticas. En fin, dondequiera que pudiese contribuir a mejorar las cosas, me presentaba sin pensarlo dos veces con la ilusión de aportar mi grano de arena. A veces me topaba con la incomprensión de mi entorno, que veía en estas iniciativas un tinte romántico o naíf. Muchos pensaban que sería un pasatiempo fugaz o que me movía un anhelo de reafirmación personal. La auténtica motivación de aquella actividad, sin embargo, era la firme decisión de ofrecer soluciones y prestar ayuda desde mis modestas posibilidades.

Cuando me preguntan por qué me dedico a la divulgación de esta forma tan peculiar y, sobre todo, desinteresada, siempre respondo que porque alguien tiene que hacerlo. A menudo me he enfrentado al temido comentario: «Pero... algo sacarás de todo esto». A lo que nunca sé muy bien qué responder. Imagino que mi interlocutor percibirá en mí una mueca de desencanto.

Me ha costado mucho tiempo entender que hay tantas percepciones como personas, al igual que no existen dos espigas de trigo idénticas. Por eso asumo que algunos no comprenderán que trabaje y dedique mi tiempo a una causa de manera desinteresada.

Volviendo a las motivaciones, si rebusco en lo más íntimo de mi consciencia, los estímulos son, en cierto modo, egoístas. Cuando percibes que algo no funciona a tu alrededor y detectas los aspectos que se pueden mejorar, lo que te hace reaccionar es la idea de dejar un mundo más perfecto para tus hijos. El deseo de progreso ya no se orienta a uno mismo, sino a los que vienen detrás. Es una especie de egoísmo trasladado a tu descendencia. Por tanto, mi motivación es tan vieja como el hombre: buscar la trascendencia proyectándola en las siguientes generaciones. Ese es el incentivo que me llevó a embarcarme en una empresa tan personal y a la vez tan entroncada con España, la comunidad en la que he nacido y me he desarrollado.

Nos podemos pasar años protestando por esto y por aquello, manteniendo conversaciones de cafetería para arreglar el mundo, haciendo comentarios entre dientes ante una mala noticia en la televisión o esbozando un gesto de desaprobación al escuchar en el coche una tertulia radiofónica mientras un atasco consume nuestro escaso tiempo libre. Y si el asunto llega a indignarnos, hasta podemos enviar un correo electrónico de protesta, hacer un comentario en un foro o desahogar nuestra frustración en alguna red social. Peculiares redes sociales, por cierto: espacios de libertad y a la vez nidos de un anonimato mal empleado, a las que muy bien podríamos dedicar un libro completo.

Al final, la única aportación real y efectiva para intentar cambiar las cosas se plasma en un voto cada cuatro años. Pero ¿qué se puede hacer hasta entonces?, ¿cómo contribuir, de manera continua y tangible, a mejorar la situación? Pues implicándonos y regalando a los demás nuestro tiempo, el bien más preciado.

Yo lo que hice fue abrir mi maleta y mostrar el equipaje a quien estuviera interesado. Tras esta decisión, la duda que me asaltó fue qué hacer para optimizar mi tarea. No debía caer en el error de imponerme objetivos demasiado ambiciosos, porque

podía resultar inútil o, peor aún, frustrante. En contra de lo que hoy se pregona ingenuamente, querer no es poder. Es fundamental la voluntad, pero creo que antes de ir en pos de un objetivo deberíamos hacer una autoevaluación profunda y sincera.

Lo primero que me planteé fue averiguar cuáles son mis cualidades. Una de las claves de la vida es detectar nuestras aptitudes y ponerlas al servicio de los demás. Entre las mías, pensé, estaban la comunicación y la creatividad para exponer ideas de forma sencilla y natural. Por desgracia, formo parte de ese gran porcentaje de personas no elegidas que no han encontrado incentivos en su actividad laboral. En mi bisoñez, una falsa vocación me empujó, por plegarme a ciertas influencias, a ejercer una profesión que para mí terminó siendo frustrante y limitadora. Una actividad que me ha permitido vivir dignamente, pero que me ha hecho estar siempre alerta para dar el salto a la menor ocasión. Esta posibilidad se me presentó hace unos años, como contaré a continuación, y se ha vuelto a dar, aquí y ahora, con la escritura de este libro. La maravillosa segunda oportunidad, de cuya búsqueda nunca hemos de desistir y para la que siempre debemos estar preparados, aprovechando la experiencia acumulada.

Haciendo un paralelismo con los personajes de ficción, creo que todos tenemos un «superpoder». Reconocerlo, cultivarlo y utilizarlo depende de nuestro grado de conocimiento sobre nosotros mismos. Cuanto más pronto alcancemos ese discernimiento, antes creceremos como individuos y seremos valiosos para quienes nos acompañan.

Mi intención era divulgar la historia, pero carecía de la titulación oficial correspondiente, a pesar de haberme matriculado varias veces en la carrera. Es lo que sucede cuando se va contra reloj. Lo intenté por última vez cuando ya contaba una edad que demandaba otras actividades. Entonces decidí abandonar los estudios oficiales para dedicarme a mi objetivo.

Soy muy consciente de que la enseñanza reglada supera con creces los conocimientos adquiridos mediante el simple desarrollo de una afición. Ser autodidacta está muy bien, es encomiable, pero uno echa de menos una estructura, un orden. A pesar de

ello, resolví abandonar los estudios y disfrutar de la divulgación a mi manera. Mientras tanto, los meses transcurrían sin que tuviera nada claro hacia dónde dirigir mi esfuerzo y mi tiempo.

En aquel momento gozaba de un bagaje fundamental: la enorme afición por la historia y unos conocimientos muy asentados. Por experiencia, puedo decir que hay una regla de oro a la hora de comunicar: se transmite mejor aquello que se vive con pasión. Es lo que a mí me sucede con la historia. Así que, una vez analizadas mis aptitudes, me enfrentaba a la segunda fase del proceso: fijar un objetivo y elegir los medios para alcanzarlo.

El objetivo era llegar a la mayor cantidad posible de personas. Y en cuanto a los medios personales y materiales de los que disponía, ya los conoces: ilusión y algo de tiempo. A ello debo añadir el continuo apoyo de mi mujer, sin el que nada de esto hubiera podido suceder.

Así, en el 2005 fundé una modesta editorial sobre temas históricos, que manejaba como un auténtico hombre orquesta. Un proyecto que no habría sido posible sin la ayuda de mi padre, que, muy al hilo de este libro, allá donde se encuentre, continúa siendo para mí un ejemplo mediante su invisible herencia.

Un proyecto editorial autofinanciado en el que yo mismo me encargaba de todas las necesidades de la empresa: desde el diseño gráfico, pasando por la contabilidad y la gestión de la página web, hasta la distribución. Nunca olvidaré la felicidad que me embargó al ver los primeros libros en la puerta de la imprenta, preparados para el transporte: una vieja ilusión hecha realidad en forma de montañas de papel y cartón sobre palés, listas para ser enviadas al público. Tengo grabado en la memoria el aroma a plástico, cartón y tinta. Aquella actividad colmó mis expectativas, aunque reconozco que apenas generó beneficios para cubrir los gastos. Pero... ¿y qué?

La editorial me brindó la oportunidad de conocer a muchísimas personas del ámbito de la cultura: libreros, editores, escritores y comunicadores, que me descubrieron parcelas que nunca habría imaginado que existieran. Por el contrario, me sorprendieron negativamente algunos personajes populares, no impor-

tan ahora los nombres. A mi entender, no encauzaban su gran capacidad hacia los objetivos que yo consideraba fundamentales, sino que se perdían en busca de resultados inmediatos, siempre con esa pátina de vanidad que acaba conduciendo al fracaso o a éxitos efímeros. Se derrumbaron ante mí varios mitos personales, pero mi decepción se vio compensada con creces por las personas excepcionales que tuve ocasión de conocer y que me proporcionaron una enorme experiencia y ejercieron de guía para mi tarea.

Poco a poco, toqué a puertas que ni siquiera había soñado, y no solo se abrieron, sino que pude cruzarlas. Sin esperarlo, aquel frágil proyecto editorial, me brindó una llave para traspasar umbrales hasta entonces inaccesibles. Me aproximé a personas preparadas y con un gran bagaje, lo que me hacía tomar consciencia del largo camino que me quedaba por recorrer: «Solo sé que no sé nada». Estaba conectando con un mundo enriquecedor que hacía apenas un par de años me parecía inalcanzable. Recibí como un regalo que mis expectativas se fueran cumpliendo.

Contacté con una de esas personas y viajé hasta Jaén para documentarme acerca de mi próxima obra, que iba a tratar sobre la batalla de Las Navas de Tolosa. Dado el número de conocidos que querían acompañarme, opté por alquilar un microbús. La cantidad de interesados iba en aumento, así que finalmente contraté un autocar y, como quedaban algunas plazas, un amigo me ofreció la posibilidad de anunciar el viaje en un programa de radio. Se difundió el aviso y, para mi sorpresa, llenamos tres autocares. No podía dar crédito: más de ciento cincuenta personas se habían apuntado a un viaje sin más datos que un simple reclamo en la radio, con el número de mi teléfono móvil por única referencia. Aquella situación evidenciaba algo que yo ya intuía: una inquietud por saber y, por otro lado, una escasa oferta cultural.

Tras la inolvidable visita a Las Navas de Tolosa, no quise desperdiciar aquel caudal humano y organicé un grupo para nuevos viajes. El propósito era formar desinteresadamente una gran familia de amigos. Esta actividad me llevó a recorrer miles de kilómetros durante varios años. Siempre que podía, montaba una sa-

lida, me documentaba y nos lanzábamos a la carretera para disfrutar de nuestro pasado. Debo recalcar que descubrí personas maravillosas que pronto engrosaron ese puñado de amigos de verdad que tanto cuesta encontrar en la vida.

Aquel primer grupo de viajes se denominó «Pascual Vivas», y aprovecho para saludar con cariño a cualquier miembro que pueda estar leyendo estas líneas.

La actividad llegó a su fin, pero resurgió años más tarde cuando me animé a retomarla con los oyentes del pódcast *Memorias de un tambor*. Las excursiones se detuvieron con motivo de la pandemia que estalló en el 2020, aunque tengo la ilusión de volver a organizarlas algún día. Es otra experiencia fantástica que daría para varias páginas; sin embargo, de lo que ahora se trata es de dejar una breve reseña para que comprendas los orígenes de mi actividad y me vayas conociendo.

Como se puede comprobar, por aquel entonces todos mis movimientos estaban encaminados a compartir mi afición. Lo más importante era invitar a los participantes en el proyecto a que difundieran en su entorno lo que habían aprendido y experimentado. Fue un logro llegar a centenares de personas con las publicaciones y los viajes. Me enorgullecía ver cómo estaba consiguiendo aportar algo a la comunidad.

Además, alternaba las publicaciones y los viajes con colaboraciones en radio, conferencias y artículos en internet y en revistas especializadas. Recuerdo con mucho cariño mis primeras intervenciones en un programa de radio que se emitía a última hora de la tarde. Para un oyente empedernido como lo soy yo desde la adolescencia, imponía bastante ver cómo se iluminaba la luz roja del estudio antes de comenzar a hablar en un programa en directo con una notable difusión. En definitiva, cada paso que daba me iba enriqueciendo y me infundía seguridad y determinación.

Para terminar este breve acercamiento a mis comienzos antes de centrarnos en los hechos que desembocarán en el pódcast *Memorias de un tambor* y, por ende, en este libro, no puedo dejar en el olvido la cena que organizamos un grupo de amigos para

recuperar la figura de Blas de Lezo. Un irreplicable marino español del siglo XVIII conocido hoy por buena parte de los aficionados a la historia, pero del que por entonces apenas existían breves reseñas en alguna que otra obra especializada. Aquel evento, al que acudieron más de doscientas personas de relevancia, tanto en los medios de comunicación como en los ámbitos político y cultural, arrojó luz sobre Blas de Lezo y desencadenó una fiebre por el personaje. Aquella noche, la cantidad y calidad de los asistentes, entre los que se contaban descendientes del marino, superó con creces las expectativas de los organizadores.

Al compartir contigo estas líneas, me pregunto cómo pude atreverme a llevar a cabo todas estas iniciativas que estoy recordando. Y seguro que algo queda en el tintero, pero es momento de ir cerrando este apartado.

Para hacer efectivas todas estas actividades, son imprescindibles unas dosis de espíritu temerario. Tenía las mejores sensaciones y, además, me divertía. Nunca me supusieron un esfuerzo, y además estaba logrando mi objetivo: sumar, aportar y cooperar con tareas reales. Había conseguido desembarazarme de la frustración de protestar ante un espejo, como si agarráramos una piedra y la lanzáramos contra la Luna porque estamos enojados con ella. Por supuesto, en aquellos momentos no tenía ni la más ligera intuición de lo que me depararía el futuro.

Estaba aprovechando la esperada segunda oportunidad que, firmemente, había decidido concederme a mí mismo. Y, sin saberlo, me estaba convirtiendo en un activista de la difusión de la cultura y, en particular, de la historia de España. Mi sueño se estaba haciendo realidad.

Hace un tiempo leí una frase que se me ha quedado grabada: «El activista no es el hombre que dice que el río está sucio. El activista es el hombre que limpia el río». En ese instante de mi vida, casi sin medios pero con perseverancia y convicción, había comenzado a limpiar el río.